

El Caucásico

Un caso de la teniente Duncan

HAROLDO FORCILLO



COLECCIÓN CULTIVA • NÚMERO 235

Primera edición: junio 2011
Segunda edición: julio 2017

© Haroldo Forcillo

© Derechos de edición reservados
Cultiva Libros SL
Teléfono: 91 50 60 975
www.cultivalibros.com

Edición: A. de Lamo
Diseño y maquetación: Yudi Vargas Parra

ISBN: 9788417052492
ISBN e-book: 9781635036558

Los nombres de los personajes, los diálogos y las situaciones contenidos en esta obra son fruto de la imaginación del autor. Cualquier similitud es mera coincidencia. Las instituciones oficiales se tomaron prestadas para dar mayor verosimilitud a la trama.

La reproducción total o parcial de este libro no autorizada vulnera derechos reservados. Cualquier utilización debe ser preferentemente concertada.

IMPRESO EN ESPAÑA • UNIÓN EUROPEA

*Al escritor “Paquito”
Miranda de Rojas, hermano
del alma y obligado consultor
de peregrinas elucubraciones.*

*“Ven, pues, ¡oh diosa! y mis anhelos cumple,
liberta el alma de su dura pena,
cual protectora en la batalla lidia
siempre a mi lado”.*

SAFO (POETISA GRIEGA Y SÍMBOLO DEL
AMOR ENTRE MUJERES)

FRAGMENTO DEL
“HIMNO EN HONOR DE AFRODITA”

EL día que le volaron los sesos Milivoy Tomanovitch tenía treinta y siete años, medía un metro noventa de estatura y no era mal parecido. Había nacido en el seno de una familia de mafiosos montenegrinos y comenzó su carrera delictiva cuando la mayoría de los niños de la ciudad de Podgorica hacían sus pinitos en la escuela primaria.

Milivoy había cometido su primer asesinato a los dieciocho años, un acontecimiento decisivo para que Saverio Tomanovitch, el temible jefe del “Clan de los Tomanovitch”, le encomendara las riendas de la prostitución de la ciudad. Y Milivoy no lo defraudaría. Mimetizaba su personalidad cruel y violenta con el encanto de una seductora sonrisa, atributo necesario para que las mujeres que caían en sus garras no supieran que habían transpuesto el umbral del infierno hasta que era demasiado tarde.

Milivoy Tomanovitch estaba en la plenitud de sus facultades físicas y mentales cuando fue destinado a las costas andaluzas para regentar un grupo de prostitutas de alto standing. La plantilla era integrada por las mujeres más bellas del mundo y el clan estaba orgulloso de ellas.

De modo que la selecta clientela de millonarios, petroleros árabes, príncipes, play boys, ejecutivos, presidentes, ministros, jefes de gobiernos, banqueros y capos mafiosos, podían disponer a voluntad, con sólo chasquear los dedos, del mejor ejemplar de hembra de cada país.

No obstante, la mejor de todas, la del rostro más bello, la de cuerpo más sensual, la más inteligente y, por razones obvias, la más cara era una rumana de diecinueve años de nombre Mihaela.

La tarde del domingo que Mihaela Sarateanu se recostó en el diván de su lujoso apartamento de Magna Marbella nada hacía presagiar que el Destino estaba a punto de liberarla de la más abyecta de las esclavitudes. Había llegado de pasar el fin de semana en un lujoso yate que partió de un pantalán de Puerto Banús el viernes por la tarde, después de que el apuesto caballero que lo conducía, vestido de chaqueta azul, pantalón blanco y gorra de capitán, decidiera fondear el yate frente a las costas de Fuengirola. Él deseaba gozar de la intimidad de aquel apacible lugar, en compañía de la mujer que supo cautivar no sólo su cuerpo sino también su corazón.

Se habían conocido hacía unos meses en una fiesta que diera en su mansión de Guadalmina Baja un conocido magnate americano. El flechazo fue instantáneo de ambas partes y, a partir de aquel instante, no pasaría un fin de semana sin que la pareja dejara de verse. Él era casado y no gozaba de libertad. Por eso aprovechaban la soledad que les brindaba el yate para besarse, beber champán rosado con frutos del mar y darse chapuzones en las azules aguas del Mediterráneo.

Después, pescaban, leían, jugaban al backgammon, hacían el amor y dormían abrazados como tortolitos.

Para Mihaela las despedidas siempre eran tristes. No era para menos. Le había ocurrido algo que una prostituta jamás se podía permitir: enamorarse. Tal vez sería ésa la causa por la cual cuando él le entregó un sobre con diez mil euros y una magnífica gargantilla de diamantes ella no se sintiera del todo feliz. Su príncipe azul, como los demás clientes, también compraba su amor y su cuerpo.

Milivoy Tomanovitch tenía un duplicado de la llave del apartamento de Magna Marbella. Mihaela no lo oyó entrar porque se había dormido mientras veía una vieja película de Ingrid Bergman. Milivoy permaneció de pie, junto al diván, observándola dormir, y deleitándose con la despejada frente, con las pestañas que de tan largas proyectaban sombras sobre los pómulos, con aquella boca succulenta que más de una mujer deseaba emular con dolorosas inyecciones de ácido hialurónico. Después, se concentró en los macizos pechos que subían y bajaban al rítmico compás de la respiración, y, por último, sus ojos recorrieron palmo a palmo las curvas de aquel cuerpo rematado por un par de colosales piernas. Finalmente, se dijo que había llegado el momento de saber cuánto dinero había ganado su mejor discípula durante el fin de semana. Hurgó en la cartera de piel de lagarto que estaba sobre la mesita y contó diez mil euros en billetes de quinientos.

-No está mal para dos días de trabajo-murmuró Milivoy, entre dientes.

Después posó sus ojos de lince en la gargantilla de diamantes que la muchacha lucía en el cuello. ¿Cuanto podía costar? ¿Cien? ¿Doscientos mil? ¿O, tal vez, más?

Mihaela despertó a medias y se desperezó como un gato.

-Bonita joya-dijo Milivoy-. Dámela.

-Lo siento, es un regalo-respondió la muchacha, recuperando la lucidez como por encanto.

-No te he preguntado el origen. Dije que me la dieras.

-¡No!-gritó Mihaela, al tiempo que cubría la joya con las manos.

-Vamos, no hagas que me ponga violento, Mihaela-advirtió Milivoy-. Tienes bastante con el piso y tu sueldo. Por otra parte, conoces muy bien las reglas de juego. Todo lo que hagas, sea dinero, bienes o joyas, es patrimonio de la “empresa”.

Mihaela sabía que el proxeneta llevaba razón. Las prostitutas no tenían derecho a nada. Había cometido la estupidez de no ocultar la joya hasta tener la oportunidad de escaullirla. Pero ya era tarde. No obstante, se resistió. Sabía que la gargantilla valía una fortuna pero no era el valor material lo que la ataba a ella. Era un obsequio del hombre que amaba más que a nadie en el mundo; el ser que le había hecho conocer un sentimiento tan insólito como hermoso: el auténtico amor. Y no iba a renunciar a aquel objeto así nomás.

-Esta vez no, Milivoy. Esta vez me lo quedo. -El timbre de la mujer era tan seguro que hasta ella se sorprendió.

La boca de Milivoy delineó una sonrisa de lobo antes de arrancarle la gargantilla de un manotazo. Enardecida,

Mihaela le aplicó un violento puntapié en la espinilla, haciendo que el proxeneta lanzara un aullido de dolor. Entonces, Milivoy le asestó un feroz puñetazo en el rostro.

Después de recibir el impacto, Mihaela calibró la magnitud de su estupidez. Había expuesto su bien máspreciado. Montañas de cremas, lociones, tinturas y maquillaje eran consumidos día a día para mantener en forma al único y sagrado instrumento de que disponían las prostitutas para ganarse la vida: el cuerpo. Largas sesiones de masaje, baños de sol, sauna y turco, horas y horas de ejercicios con aparatos, tenían como finalidad retrasar a cualquier precio el inexorable paso del tiempo. Pero el orgullo de Mihaela era su rostro. Y ahora, aquella bestia humana, aquel animal sin escrúpulos se lo había destrozado de un golpe. Hasta creyó oír como si algo hubiera crujido cuando el puño de Milivoy se estrelló contra su pómulo.

La muchacha fue lanzada a varios metros y su pómulo se tiñó de azul, creció hasta adquirir el tamaño de una mandarina y la boca comenzó a sangrar profusamente. Al verla tendida boca arriba, con la falda remangada hasta los muslos, Milivoy sintió una punzada de excitación en los genitales. Entonces, se arrojó sobre ella y la despojó del vestido y las bragas al tiempo que se bajaba la cremallera del pantalón. Mihaela estaba aturdida. No pudo defenderse cuando Milivoy la penetró, besando y mordiendo sus labios sangrantes. Antes de llegar al clímax, el hombre extrajo el miembro viril de la vagina de la mujer y le regó la cara con su semen.

-Ahora, límpiate, maldita zorra-dijo Milivoy, arrojándole las bragas.

Mihaela se enjugó el rostro antes de arrojar las bragas al proxeneta. Milivoy la cogió en el aire, se secó el sexo con la prenda y la metió en un bolsillo del pantalón. Después, guardó el dinero y la joya en la cazadora, para abandonar el lugar dando un sonoro portazo.

Mihaela se arrastró penosamente sobre la alfombra persa. Al llegar al borde de la mesita, intentó erguirse sobre sus brazos, pero estos cedieron y se precipitó de bruces en el suelo. Recién al segundo intento logró coger el teléfono celular que estaba sobre la mesita

-¿Diga?- preguntó una voz, al otro lado de la línea

-Me ha desfigurado el rostro..., me ha desfigurado el rostro-repitió Mihaela, con voz trémula-. También se ha llevado la gargantilla.

-No te muevas de donde estás-ordenó la voz. El timbre era calmo y seguro-. Enviaré un médico amigo enseguida. Y no te preocupes..., haré que ese maldito cabrón no te moleste más.

Primera Parte

1

LA teniente de policía Laura Duncan no se molestó en mirar el reloj. Acostumbraba a comenzar su sesión de footing a las seis de la mañana, y llevaba trotando un cuarto de hora cuando escuchó “La Marsellesa”. Miró la pantalla del Motorola y no pudo evitar que se le escapara una maldición. Era el capitán Francis Matamoros, jefe de la Brigada de Homicidios de Marbella. Hacía una semana que Duncan había sido ascendida a subjefe. Matamoros era su inmediato superior.

-Laura, ¿estás corriendo?

Duncan puso los ojos en blanco y lanzó un largo suspiro.

-No, Francis. Jadeo porque acabo de echar un polvo.

Matamoros lanzó una carcajada.

-Lamento estropear tu día libre, colega-dijo.

Duncan empezó a dar saltitos para que el cuerpo no se enfriara. Después sujetó el teléfono con el hombro y se

tomó el pulso. Era un acto instintivo. Cada vez que dejaba de correr controlaba que el ritmo de su corazón volviera a la normalidad en el tiempo exacto.

-¿Qué sucede, Francis?

-Necesito que te encargues de un caso.

La voz de Matamoros parecía competir con un murmullo de fondo. Por momentos crecía hasta el punto de no escuchársele nada.

La mitad impulsiva de Duncan iba a preguntar “¿Por qué justamente hoy?”, pero se impuso la mitad racional.

-¿No hay otro que haga el trabajo?-inquirió.

-Esto es lo que hay. Sabes que estamos escasos de personal.

-¿Quién vendrá conmigo?

Matamoros soltó la respuesta sin consideración.

-Jáuregui.

Duncan recordó que había un momento para el mal genio y otro para mantener la sangre fría. Por eso reprimió una exclamación, para después preguntar:

-¿De qué se trata?

El murmullo de fondo era ahora muy intenso. Incluso alcanzó a oír una sirena.

-Un tipo recibió un balazo en la cabeza-casi gritó Matamoros.

-¿Muerto?

-Afirmativo.

-¿Dónde?

-En la entrada del polígono industrial de “La Campana”.
¿Conoces el lugar?

-Sí, es en Nueva Andalucía.

-¿Podrías echar un vistazo antes de ir a tu casa?

-Lo siento, Francis. Necesito una ducha. Tú sabes como es nuestro trabajo: dices “voy y vuelvo” y regresas a casa a medianoche.

Duncan se apoyó en la baranda del paseo marítimo. A su espalda el sol comenzaba a despuntar sobre el mar en calma chicha. Hurgó en los bolsillos del chandal y sacó un bolígrafo junto con una libretita verde. En la contratapa apuntó el lugar de la escena del crimen.

-¿Se conocen detalles?

-No-respondió Matamoros-. Tiene toda la pinta de una ejecución

Duncan respiró profundamente. Después, mientras guardaba la libretita y el bolígrafo, preguntó:

-¿Identificaron al muerto?

-Todavía no. ¿Quieres que llame a Jáuregui?

-No, gracias. Lo haré yo.

2

SALIÓ de la ducha y se contempló al espejo. Con treinta y ocho años Laura Duncan aún se veía atractiva. La mayoría de las mujeres de su edad o habían engordado o estaban marchitas a causa del tabaco, la vida sedentaria o la maternidad. Sabía que su trabajo era estresante y que aquella vida sin reglas la llevaba por el mismo camino. No obstante, intentaba contrarrestar sus efectos alimentándose adecuadamente y con una actividad física regular. La genética de sus padres, que eran sanos, y las de sus abuelos que eran longevos, se encargaba del resto. El resultado estaba a la vista.

Pero el espejo también le devolvió una imagen que poco tenía que ver con la de una mujer corriente: la mirada penetrante y decidida; el gesto duro y recio a pesar de que sus compañeros la consideraban un ser de exquisita sensibilidad; un cuerpo atlético, que poseía una energía de la que se hubiera vanagloriado más de un hombre. .

Su vida amorosa también se apartaba de los cánones normales. La exclamación que ahogó cuando Francis